

Alteridad interrumpida: el pacto de hospitalidad en la nueva normalidad

Questioned alterity: the sacred pact of hospitality in the new normality

Maximiliano E. Korstanje

Universidad de Palermo, Argentina
mkorst@palermo.edu

Recibido: 11/05/2023

Aceptado: 19/09/2023

Formato de citación:

Korstanje, M.E. (2024). "Alteridad interrumpida: el pacto de hospitalidad en la nueva normalidad". *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 100, 77-89, <http://apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/maxi7.pdf>

Resumen

Tras el 11 de Septiembre los analistas pusieron el acento en los cambios sustanciales que atravesaron las democracias occidentales, ya sea en el campo de las relaciones internacionales como la forma de comprender al "otro", al extranjero. Diversos estudios han analizado de forma convincente cómo la teoría precautoria minó por dentro las instituciones democráticas al punto de legalizar o normalizar la tortura. Este miedo al otro ejemplificó un nuevo tiempo que marca la muerte de la hospitalidad en las democracias occidentales. El COVID-19, lejos de resolver esta situación, ha reafirmado una lógica de exclusión acrecentando la instrumentalización del miedo por parte de la disciplina biopolítica. En este sentido, el presente ensayo se orienta a debatir las semejanzas entre el 9/11 y la pandemia de COVID-19 que ha azotado al mundo desde 2019, como así también sus consecuencias actuales.

Palabras clave

Movilidad, temor, terrorismo, COVID-19, muerte de la hospitalidad.

Abstract

From the 9/11 onwards, social scientists have emphasized on the radical shifts faced by western democracies globally, at the best in the fields of international relations as well as the ways of understanding the alterity, the strangers. Many studies have certainly focused how the precautionary doctrine mined the check and balance institutions in the consolidated democracies. In this new era, hospitality, at least in the West, has gone. COVID-19 pandemic, far from reversing this, has reaffirmed a logic of exclusion

through the instrumentalization of fear (contingency) by hands of biopolitics. In this vein, the present essay-review reverberates on the commonalities among 9/11 and COVID-19 pandemic, which has whipped the world, as well as the durable devastating effects in daily life.

Keywords

Mobility, fear, terrorism, COVID-19, death of hospitality.

1. Introducción

En las últimas décadas, la expansión del sistema capitalista se ha producido debido a dos factores fundamentales. Por un lado, tenemos la reducción de las horas de trabajo, que ha generado mayor tiempo de ocio en el mundo entero. Este tiempo de ocio se ha abocado al consumo turístico y la planificación de viajes a escala global. Por el otro lado, el desmantelamiento de los grandes imperios europeos una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial (Virilio, 2006). Como observa el pensador francés Paul Virilio (2004; 2005), la revolución técnica, la cual ha sustentado las bases del capitalismo móvil, ha creado un exceso de tiempo de ocio, que finalmente fue ocupado por la introducción de los medios modernos de comunicación. Esta suerte de complejo informativo es funcional a un aparato bélico movilizad por un sistema informativo planetario. Para Virilio, como para muchos otros pensadores, el capitalismo y la cultura de la movilidad se encuentran unidas en su esencia. Dos grandes pensadores han recogido el guante dejado por Virilio respecto al impacto de la movilidad en la cultura capitalista: Zygmunt Bauman y John Urry. Desde diferentes ángulos conceptuales, ambos autores han explorado las asimetrías e inequidades del sistema capitalista global de forma sustancial en los últimos años. Para Urry, el sistema capitalista ha evolucionado hacia una forma de flexibilidad estética, la cual comercializa y mercantiliza no solo culturas y productos, sino también personas. En consonancia con lo expuesto, el consumo turístico es antes que nada una condición de status y pertenencia. Aquello que puede o no ser consumido por el turista se encuentra previamente determinado por una matriz cultural. Dicha matriz se constituye como un conjunto de discursos, símbolos y signos organizados de forma reflexiva y estética. Su fin último es hacer deseable el espacio turístico. No obstante, como argumentan Urry y Lash, no se limita solo al turismo, sino que se aplica en caso de cualquier consumo. Cualquier producto consumible en el mercado global se ancla a un signo que no solo le precede, sino que le confiere su valor de intercambio. Los autores nos presentan un ejemplo por demás particular: cuando hablamos de café, imaginamos por un momento a Colombia, al igual que si nos referimos a los tacos, hacemos lo mismo con México. Ello sucede porque todo producto se hace deseable cuando se encuentra predeterminado por un signo (Urry y Lash, 1993; Urry, 1992; Urry y Larsen, 2011).

Por el contrario, en Bauman existe una fuerte división entre lo que el autor llama vagabundos y turistas. Ambos polos conceptuales se encuentran delimitados por el grado de libertad de consumo y autonomía que ostentan. Los vagabundos se encuentran ligados a un territorio que no los desean mientras que paradójicamente los turistas se encuentran en la eterna búsqueda de una autenticidad que nunca encontrarán. Aun cuando Bauman reconoce en lo nacional una suerte de reducción de lo simbólico, su posición se orienta a las formas en que la movilidad corroe el lazo social. Somos sujetos deseantes a la vez que estamos anclados a un territorio, un hábito. El consumidor moderno ha perdido dicha territorialidad y apego emocional a la costumbre. Es precisamente la paradoja del turista moderno, que facultado para “desear viajar” olvida

constantemente sus territorialidades. El turista viaja en un mundo donde nada es lo que parece, mientras el vagabundo imagina retornar a un hogar donde no es bienvenido. El turista busca construir espacios de consumo utópicos sin apego, el vagabundo –aun exiliado– busca un territorio donde habitar (Bauman, 1996; 2017). Este aspecto conceptual será profundizado en las secciones siguientes. Siguiendo este mismo razonamiento, el presente ensayo tiene como objetivo discutir sobre tres ejes conceptuales.

La primera sección describe el pasaje y la mutación de la era de los imperios y el origen de los viajes –o expediciones– imperiales hasta la postmodernidad. En este periodo, Europa construye no sólo la idea de la ciencia sino de la alteridad como una forma de reafirmación étnica y política de su supuesta superioridad cultural. Géneros literarios como las novelas de viajes o de cautivos han alimentado durante centurias a los centros literarios europeos. Este otro no europeo ocupaba no solo un lugar esencial en el imaginario social como un agente irracional (o salvaje) que debía ser socializado, sino que sienta las bases para las nuevas relaciones de poder en un capitalismo global. El tema se encuentra bien explicado en la segunda y tercera sección. Finalmente, el fin de milenio y sobre todo los atentados de 2001 sobre Manhattan generan una nueva época donde “la otreidad” entra en crisis. En este nuevo mundo que algunos llaman nueva normalidad, la alteridad no solo es negada o cuestionada, sino que los turistas que hasta entonces han sido valorados como agentes democratizadores, se transforman en huéspedes indeseados. Por último, establecemos algunas comparaciones y similitudes entre el COVID-19 y la denominada “guerra contra el terror” iniciada por la administración Bush. El miedo al otro significa la crisis de la hospitalidad moderna. Entiéndase hospitalidad, en esta discusión, no como el conclave de hoteles e infraestructura para recibir turistas, sino como un pacto inter-tribal europeo que se ha legitimado en la construcción del estado moderno europeo. La hospitalidad escapa al control de lo nacional, marcando un sentir colectivo sobre la figura del extranjero. Para comprender el rol de la hospitalidad, es necesario discutir primero la figura de la movilidad y la mirada turística en la literatura clásica.

2. La movilidad moderna y la mirada turística

La teoría de la movilidad ha nacido en los claustros académicos del Reino Unido liderado por sociólogos como J. Urry, P. Merriman o T Cresswell. Estos estudiosos demuestran una principal preocupación por comprender el movimiento de personas, viajes y diversos itinerarios adoptando nuevos métodos que hasta el momento escapaban al escrutinio de la geografía social. A mitad de los noventa, algunas voces alertaron sobre la necesidad de comprender como la movilidad o el sentido de lo móvil impactaban en diferentes instituciones sociales. Si para los padres fundadores de la sociología, la agencia social se encontraba condicionada por la norma, para estos sociólogos, la movilidad hace mella en la agencia social y en la construcción de lo social. Uno de los grandes obstáculos que han enfrentado estos sociólogos mencionados fue el cambio de paradigma dentro de su propia disciplina.

Para la sociología de ese entonces, la movilidad no era considerada un objeto de estudio de mayor importancia. En este sentido, la teoría de la movilidad (desde sus inicios) confrontó directamente con el estatus quo dentro de la sociología estableciendo una relación entre la política, el poder y las relaciones de clase, creando una verdadera revolución conceptual dentro del Reino Unido y de los Estados Unidos (Cresswell, 2014; Cresswell y Merriman, 2016; Urry, 2016). Para uno de los académicos de mayor prestigio dentro de esta escuela, J. Urry, la concepción y evolución teórica de la movilidad se asocia a la necesidad de encontrar respuestas no solo a los efectos

negativos de la globalización sino también a diferentes riesgos globales como ser el terrorismo, la violencia, la crisis climática y ambiental etc. La cuestión de la sustentabilidad juega un rol primordial en el uso de una nueva forma de combustible que permita destinos más sustentables (Sheller y Urry, 2016; Urry, 1992; 2016). Según Urry, como concepto ampliamente usado la idea de movilidad es muy difícil de medir y definir empíricamente. En contraste con pensadores estructuralistas como Dean MacCannell, Urry sostiene que la movilidad debe ser comprendida como una forma ideológica propia del capitalismo y al hacerlo, sienta las bases para a un nuevo modelo conceptual. La movilidad no solo trasciende al control de todos los estados e instituciones democráticas, sino que se sitúa en el corazón mismo de la construcción de la sociedad capitalista. Toda sociedad sustenta su base económica acorde a pautas, reglas y parámetros que forman parte del proceso de flexibilización del momento. Dicho esto, al momento que el capitalismo se expande exitosamente, también lo hace la movilidad y al hacerlo se instala una flexibilización estética que hace de la mirada, y el disfrute visual una forma de posesión y expropiación. En tal sentido, moverse es algo más que viajar debido a que sin los instrumentos técnicos necesarios el sujeto perdería su autonomía. Urry pone el ejemplo del automóvil, el cual como invento nos permite desplazarnos de forma libre y autónoma, pero al hacerlo ese clima de supuesta flexibilidad queda bajo el estricto control de “la máquina”; nuestra capacidad para movernos de forma totalmente libre queda entonces condicionada por el vehículo, el cual inhibe nuestra capacidad natural para movernos (Urry, 2006; Sheller y Urry, 2000). A la vez que la movilidad moderna empodera sujetos, ciudadanos y turistas, lo hace dentro de los límites de camino preestablecido. Hasta que punto la mirada turística conecta directamente con una matriz cultural que nos dice qué observar y cómo hacerlo –como así también qué pasar por alto– es uno de los aspectos centrales en el desarrollo de Urry. Ello sucede debido a que el criterio de atracción se construye culturalmente en otro nivel ajeno al sujeto o agente. Esta mirada turística (tourist gaze) se construye desde una flexibilización estética la cual cuadrícula no solo el mundo, sino que nos dice cuales son los destinos seguros y aquellos que son peligrosos (Lash y Urry, 1993; Larsen y Urry, 2011; Larsen, Urry y Axhausen, 2007).

La mirada turística expropiación el sentido de la alteridad subsumiendo la autonomía del sujeto en un mercado global donde culturas, productos y personas son mercantilizados como simples mercancías. De manera invariable, el mercado se sustenta en el poder del signo que fija un valor de cambio a estas mercancías (Lash y Urry, 1993). La expansión del capitalismo y la explosión de la industria del turismo en los últimos años no nos autoriza a afirmar que el hombre postmoderno ha ganado mayores libertades. Una gran infraclass, la cual se encuentra sometida y dominada por la élite, no accede básicamente al derecho a hacer turismo o viajar libremente (Hannam, Sheller y Urry, 2006). Cada sujeto itinerante construye su propia mirada turística, la cual se encuentra subordinada a su propia biografía o “estar en el mundo” (Tzanelli y Yar, 2016; Korstanje, 2018; Tzanelli, 2015; 2018). Durante décadas, la cultura móvil ha creado derechos y restricciones respecto a quienes pueden o no moverse. Este tema ha quedado de manifiesto durante los días de la pandemia de COVID-19 que ha azotado al planeta. El derecho a viajar se ha sustentado no solo en la ley sino en el consenso médico que organiza saberes específicos y restricciones para ciertos grupos.

Aun cuando no han tenido un dialogo fructífero, existe un punto de unión entre Urry y otros sociólogos como Z. Bauman, el cual amerita ser discutido. Bauman, educado dentro de los lineamientos del marxismo clásico y la Escuela de Frankfurt, sostiene que el capitalismo ha generado formas líquidas de relación que afectan las instituciones democráticas. La economía de escala, la cual caracterizaba el mundo industrial, ha

cedido a formas más flexibles de producción y consumo donde el sujeto se ha transformado en bien consumido (Bauman 2000). Para Bauman, la modernidad ha cambiado las reglas de juego del consumo y la demanda, al punto que, reestructura nuevas formas de poder en donde los ciudadanos son interpelados por la influencia del mercado y el capital. La modernidad líquida recicla las instituciones democráticas destruyendo las antiguas asimetrías de clase que les eran propias al industrialismo. En la modernidad líquida dos grupos humanos se imponen, los vagabundos y los turistas. A la vez que los estados movilizan sus esfuerzos para controlar el itinerario de los vagabundos por considerarlos elementos disruptivos, legalizan la libre movilidad de una clase privilegiada, a la cual Bauman llama “los turistas” (the tourists). En dicha perspectiva, las autoridades migratorias apelan al uso de tecnologías digitales con el fin de monitorear el movimiento humano en la esfera pública (Bauman y Lyon, 2013). He aquí una paradoja que Bauman observa muy claramente: a la vez que los turistas sienten cierta libertad en tener la capacidad de planificar sus viajes, se mueven en un clima de irrealidad y constante cambio institucional donde las reglas se cambian a cada rato. Por el contrario, el vagabundo tiene y persigue el sueño de habitar un espacio dado aun cuando no sea bien recibido (Bauman, 1996; 2017).

En Bauman, como también en Urry, la alteridad se fabrica y construye acorde a relaciones de poder organizadas con el fin de disciplinar “lo que se manifiesta como diferente”. En esta misma línea de debate se inserta el libro *Imperial Eyes*, escrito en forma elocuente y brillante por Marie Louise Pratt. El patrón de colonización europeo, lejos de ser al azar o caótico, siguió una lógica delineada por los países hegemónicos, en donde se subordinaba todo el mundo descubierto a una matriz previa producida por el conocimiento científico. Desde las incursiones de K. Linneo y su sistema para la clasificación de las plantas, hasta los más intrépidos expedicionarios los viajes imperiales tenían como misión primera y última el acopio de información para una nueva geografía del orden imperial. Claro que, dicha geografía requería de la formación de una jerarquía cultural y racial donde los europeos ocupaban una posición dominante. Si la ciencia legitimaba la presencia europea en los nuevos territorios, igual de importante ha sido el papel del arte, y la novela de viajes o cautivos en representar al aborigen “como un salvaje, o niño a veces tierno –en otras peligroso– que debía ser reeducado o socializado siguiendo los ideales del mundo europeo. El ethos colonial, de esta forma, desarrolló una extraña fascinación por “el otro no europeo la cual persiste a lo largo del tiempo, al menos hasta el cambio de milenio cuando la hospitalidad entra literalmente en crisis. Eric Hobsbawm, en sus diferentes trabajos, ha documentado un quiebre sustancial en la forma de comprender al otro durante la guerra fría. Según explica, la guerra fría abre la puerta a una época caracterizada por dos extremos, en donde la figura del otro se transforma en la presencia de un potencial enemigo, al cual se lo debe monitorear y controlar (Hobsbawm, 2018; Hobsbawm y Cummings, 1995).

El etnólogo francés Marc Augé sostiene que, si bien el “la Alteridad” ha ocupado un papel importante durante la expansión europea, la modernidad ha generado un quiebre de sentido, en donde esa otredad es hoy nuestro vecino, un vecino que es “temido y resistido”. En tal contexto, la modernidad ha quebrado las bases sustanciales de la antropología respecto a nosotros-ellos, y el aquí-allí. El etnólogo clásico se adentraba a lo desconocido para documentar aquellas culturas que según su visión estaban en peligro de extinción. La modernidad ha hecho que esa idea de “Otro en peligro” se desdibuje y no exista lugar desconocido. En tal sentido, si todo el mundo es un espacio ya conocido y documentado por las tecnologías digitales (como ser imagen satelital o GPS), el lugar del otro cercano se ha hecho desconocido para nosotros mismos. En las grandes ciudades, se sabe todo sobre lugares a los que nunca viajaremos, aun cuando

sabemos muy poco sobre el vecino que habita en el departamento de al lado (Auge, 1996; 2009).

Recientemente, Korstanje ha presentado una trilogía donde describe como el terrorismo ha transformado y acelerado la crisis de la hospitalidad en Occidente para el cambio de milenio. Siguiendo este razonamiento, la postmodernidad ha ensanchado las fronteras haciendo de los viajes un baluarte a ser valorado como un triunfo de la democracia y el orden capitalista. No obstante a este logro, el capitalismo ha creado una situación por demás paradójica, a saber, los habitantes de las antiguas colonias europeas golpean las puertas de las grandes ciudades en Europa y EEUU en busca de nuevas oportunidades de reinserción y laborales. Miles de migrantes arriban a las grandes metrópolis en busca de una nueva vida. Este otro no europeo, que durante siglos servía a los intereses imperiales como instrumento simbólico de civilización, es ahora un huésped que clama por la hospitalidad de sus antiguos conquistadores. Luego del 11 de Septiembre, estos huéspedes reciben una nueva forma de clasificación en donde se los sitúa “como potenciales enemigos” de la democracia estadounidense. Prevalece en ciertos círculos intelectuales que legitiman la violación a ciertos derechos individuales de las minorías, la doctrina de vivir con el enemigo dentro. Dicha doctrina sugiere que los enemigos del estado, los cuales hasta la guerra fría provenían del Este, ahora conviven con nosotros, esperando el momento de sabotear la democracia. La doctrina de vivir con el enemigo dentro no es nueva y se encuentra presente en series, películas, novelas e incluso videojuegos como Among US. Su idea principal es que aun luciendo como nosotros, los terroristas odian todo lo que representamos y esperan el momento para un ataque final. Korstanje finalmente sugiere que el terrorismo ha acelerado las bases para una descomposición social que lleva a la muerte de la hospitalidad en Occidente (Korstanje, 2018a; 2018b; 2018c). La crisis de la hospitalidad se explica así por medio de dos aspectos principales. Por un lado, el miedo y los sentimientos de hostilidad hacia los extranjeros. Durante años, los sociólogos han reportado diversos actos de chauvinismo y racismo dirigidos frente a minorías étnicas; no obstante, en las últimas décadas, han sido los turistas “extranjeros” demonizados como habitantes o visitantes indeseados. Lemas como “tourists go home” o “tourists you are the real terrorists” se observan en forma de graffitis en destinos turísticos consolidados como Barcelona, Ibiza, Venecia, entre otros. Por otro lado, como bien ha inferido George Ritzer, existe una mecanización en las interacciones sociales que ha llevado a negar la presencia del otro en momentos que no es funcional a la lógica de consumo. Ritzer, como otros exponentes, nos plantea la idea de discutir seriamente la muerte de la hospitalidad en las democracias occidentales (Ritzer, 2007; 2015). Para tal fin, debemos retornar a la discusión sugerida por Jacques Derrida y Emmanuel Levinas.

3. La muerte de la hospitalidad en las democracias occidentales

Aun cuando la hospitalidad ha ocupado un lugar preeminente en los debates en humanidades en los últimos siglos, ha sido Jacques Derrida una de las voces que con mayor claridad ha demostrado su imposibilidad práctica y, sobre todo, su costado político. Para Derrida (2000), existen dos tipos bien distintos de hospitalidad: la condicional, la cual exige un retorno como contraprestación; y la generalizada, en la cual el anfitrión recibe al huésped sin pedir nada a cambio. La hospitalidad conserva el mismo origen etimológico que la hostilidad pues ambas son caras de la misma moneda. La hostilidad se manifiesta y se hace palpable cuando el huésped trasciende las barreras de la intimidad del anfitrión. En este sentido, y en ello Derrida es coherente, todo huésped tiene como meta confrontar e interpelar a la cultural local, incluso como el caso de Sócrates cuando no comparten la lengua madre. La hospitalidad puede ser

dada/conferida o no, pero en todos los casos hay dos preguntas son esenciales: ¿quién eres y que es lo que quieres? Ello sucede debido a que la hospitalidad, pacto esencial que nace de la lengua, se encuentra enraizado en el concepto mismo de tradición e identidad. La misma no puede ser conferida a quienes no poseen nombre, ni patrimonio alguno.

A diferencia de Derrida, Emmanuel Levinas infiere que todo acto de hospitalidad reside en el amor por el prójimo, que es un acto constitutivo de la solidaridad humana. Este otro opera en dos niveles: el nivel de lo político y lo ético. En el ámbito ético, el huésped es antes que nada un extraño el cual en calidad de tal debe ser cuidado y protegido. En lo político, este extraño es recluido de manera forzosa al espacio privado. Si por alguna razón el extranjero intenta irrumpir en el espacio público alterando las leyes locales, la protección se transforma en hostilidad. Por tal motivo, las autoridades locales deben sentar las bases para una jurisdicción legal que proteja a los extranjeros, con el fin de lograr un fraternalismo cosmopolita (Levinas, 1986; 1989).

Un interesante abordaje nos ofrece Daniel Innerarity-Grau (2017), quien en su libro *Ética de la Hospitalidad* cuestiona la forma occidental de comprender y clasificar la alteridad. La sociedad moderna se encuentra cerrada a la contingencia, al imprevisto, a aquello que escapa a su control. Por ese motivo, el extranjero cuando –súbitamente– suplica por hospitalidad es rechazado. Innerarity va más allá argumentando que, partiendo de la base que el extranjero abre las puertas a situaciones imprevistas, rechazarlo implica la destrucción interna de la propia sociedad. En la hospitalidad como en todo pacto, el hombre recibe para dar para luego volver a recibir (siguiendo el ritual Maussiano). La democracia y sus instituciones se debilitan en aquellas culturas que se resisten al extranjero. Sus indagaciones nos hacen reflexionar sobre el declive o la muerte de la hospitalidad en las democracias occidentales.

A diferencia de otros autores, George Ritzer ofrece una lectura alternativa. La hospitalidad no pone a huésped y anfitriones en igualdad de condiciones, sino que se sitúa como un acto de mutua reciprocidad ajena a cualquier tipo de intercambio comercial. Dicha diferencia no es menor, ya que la hospitalidad implica que la protección del huésped no debe ser rentada. Cuando eso sucede, la hospitalidad se subvierte o se corrompe en formas impersonalizadas de relación. En el mundo moderno, la mecanización en los procesos sociales ha corrompido no sólo las relaciones humanas, sino que el ritual de hospitalidad mismo. Ritzer acuña el término “hospitalidad inhospitable”, refiriéndose a la clara falta de interés en acoger a los extraños sin usufructo comercial (Ritzer, 2006; 2015). Como señala Selwyn, existen signos claros de la crisis que enfrenta el mundo occidental respecto a como tratar a los extranjeros. Estos hechos se remontan no sólo al escándalo Windrush, o al Brexit en Reino Unido, sino a la persecución que diariamente sufren los migrantes en toda Europa. Ambos autores, Ritzer y Selwyn, describen claramente una suerte de crisis en la hospitalidad occidental moderna, aun cuando no la relacionan directamente al 11 de septiembre y al terrorismo. En este sentido, el presente ensayo se presenta como un abordaje superador que aporta nuevas reflexiones al problema de la otredad y el temor al extranjero que aqueja a las democracias occidentales.

4. El terrorismo, 9/11 y el miedo al extranjero

Durante décadas, la ciencia política ha demonizado a la teoría conspirativa como una deformación de la política. Esta transformación conlleva la idea de invertir las relaciones causales que conforman a los ciclos de poder, haciendo de la realidad algo totalmente debatible y opinable. La teoría conspirativa se centra en la idea de dudar de la realidad como algo artificialmente construido. Esta concepción puede ser observada

puntualmente en los trabajos iniciales de Robert Merton (1976) o Martin Lipset (1988). No obstante, David Kelman (2012) argumenta convincentemente que la tesis conspirativa, lejos de ser patológica, es la base de la política moderna. La esencia del poder, y su legitimación, se asocia a la idea del secreto (o silencio), el cual recrea las condiciones para dos historias, la oficial y la historia paralela. A la vez que la historia oficial es defendida por las autoridades, una nueva interpretación creíble pero empíricamente imposible de comprobar emerge en los campos del tejido social. La teoría conspirativa nos interpela sobre ciertos hechos que se presentan por fuera del escrutinio social o individual, son hechos que le son ajenos al ciudadano. La conspiración juega un rol esencial creando dos grandes grupos y dirigiendo la lealtad de sus miembros hacia determinados círculos de poder o líderes. Para Kelman, no menos cierto es que la democracia moderna se sustenta por la creación de tesis conspirativas y grupos antagónicos que rivalizan desde el discurso simbólico, empero que no podrían existir el uno sin el otro.

La conspiración excede a los populismos y las democracias, como también a los gobiernos de izquierda o derecha. De hecho, la política se encuentra estrictamente ligada a un estado de emergencia, insuflado por el miedo, el cual legitima la sociedad por medio del mismo estado de desequilibrio que genera. David Altheide nos brinda un diagnóstico acertado respecto a la relación que el terrorismo tiene con estos estados de emergencia. La cultura estadounidense ha evolucionado por medio de la combinación de dos grandes miedos, el miedo a la tiranía o a la inestabilidad institucional, y el miedo al extranjero. Ambos temores han coadyuvado en un gran espectáculo promovido por los grandes medios de comunicación (media logic). Si bien el miedo al extranjero opera en el campo de una dimensión externa, el miedo a la tiranía pone a la ciudadanía en una constante alerta respecto a los supuestos enemigos internos. El temor a la tiranía sienta las bases para un estado de paranoia el cual introduce la idea de “vivir con el enemigo dentro”. Todo el mundo sabe que el ataque a la democracia es inminente, pero nadie sabe donde y quien lo ha de perpetrar. Habiendo dicho eso, Altheide redobla la apuesta y dice que “la política del temor” opera en el campo de la incertidumbre informativa, y por eso necesita de la conspiración para subsistir. El terrorismo –en forma reciente– ha activado ciertos miedos dormidos y narrativas que articuladas en forma racional se utilizan como un instrumento de adoctrinamiento. El Espectáculo del Terror tiene una doble función: mantener a las audiencias adormecidas pero, a la vez, ávidas de aceptar cambios en lo económico que de otra forma serían rechazados (Altheide, 2003; 2006; 2019).

Se da un diálogo interesante entre Altheide y los textos de Luc Boltanski que ameritan cierta discusión. Para Boltanski, la idea de paranoia o la tesis conspirativa se deben buscar en la creación de la psiquiatría moderna en el siglo XIX. Tanto la psiquiatría como la sociología hacen de la paranoia un instrumento de poder. El problema de la conspiración se corresponde con la manera en la cual el poder construye lo que Boltanski denomina “realidad social”. Todo lo que sucede fuera de nuestro ambiente se da en el sentido de la realidad, pero que bajo ciertas condiciones es ajeno al sujeto. La cultura intenta apropiarse de esa realidad haciendo de lo no controlable, algo familiar. En este sentido, la historia oficial ofrece una narrativa que muestran algunos puntos sueltos y que nos lleva a la sospecha; y claro está dicha sospecha solamente puede ser explicada por medio de la teoría conspirativa. La figura del detective –en las novelas– va contra todo el status quo, sacrificando su propia vida para proteger a otros, o descifrar un enigma. El detective, como el estado, construye su legitimidad política por medio de un doble juego, donde por un lado crea el misterio a la vez que lo resuelve por medios de instrumentos lógico-rationales. El detective, alerta Boltanski, es un

agente del estado que recrea una duda existencial, pero a la vez la resuelve (Boltanski, 2014; Boltanski, Rennes y Susen, 2014).

En términos de Žizek, la democracia moderna ha fallado sustancialmente en controlar a los autoritarismos debido a lo que el autor llama “el gran otro” (The Big Other). Esta entidad nos dice que el poder político nos “desea solamente para que hagamos lo que el poder quiere, pero que lo hagamos de forma voluntaria, que quiere decir, ¡solo si nosotros queremos!”. Dicho mensaje lleva a la ciudadanía a una “civilidad extrema” mientras confiere la idea falsa de que podemos actuar de forma autónoma y libre. En este punto, el terrorismo y la tortura son instrumentos que afirman “la civilidad extrema” a la vez que dinamitan la democracia por dentro (Žizek, 1994; 1997; 2007; 2008). Por su parte, Bruno Latour examina el estado de emergencia como una forma liminal de relación en un capitalismo global. El terrorismo evoca el drama de la guerra creando un estado de saturación y ansiedad que se calma pidiendo mayor intervención de las instituciones del estado. No obstante a ello se crea una paradoja, ya que, incapacitados para resolver las crisis globales, los estados se vuelcan a la conspiración para demonizar a ciertos colectivos étnicos o minorías. En pocas palabras, el miedo al terrorismo que es ínfimo al lado de otros riesgos, distrae a la opinión pública de peligros de mayor impacto como la crisis ecológica. Jacques Derrida define al terrorismo como una enfermedad auto inmune, un estado que sucede cuando las células protectoras y el sistema inmunológico ataca a los propios órganos. El ataque terrorista se define como un acto de violencia orientado a suprimir la existencia del otro diferente, es decir una suerte de destrucción del “Otro” a través nuestro (Borradori, 2003).

Existen similitudes y divergencias en torno a la conexión entre el terrorismo y el COVID-19 que deben ser analizadas. Si bien el terrorismo no es nuevo, el término se asocia a la década de los 70; luego del 11 de Septiembre su aplicación ha sufrido un cambio radical. El 11 de Septiembre se sitúa como un evento fundante que marca como los países desarrollados y democráticos en el Norte Global no se encuentran ajenos al problema del terrorismo. Este evento sugiere que cuatro aviones comerciales que son el emblema clásico de la modernidad móvil pueden ser usados como verdaderas armas hacia objetivos comerciales, militares y políticos. El 9/11, claro está, sentó las bases para una nueva forma de comprender la seguridad global y turística. En tal efecto, no solo se articularon diferentes protocolos en los aeropuertos, sino que las formas de viajar y de sentir al otro cambiaron para siempre. En sus primeros discursos, el ex presidente George W Bush instó al pueblo estadounidense a no ceder ante el terrorismo, retomando sus vacaciones y planes de viaje. Una de las cuestiones que afectaron la sensibilidad estadounidense ha sido la idea de que cualquiera, un colega, un vecino podía ser un potencial terrorista. Este fue el primer paso para que las democracias occidentales cedieran terreno frente al *terror de la contingencia*, lo cual sugiere la imposibilidad de prever que lo peor (la tragedia) simplemente ocurra. Ello inició una serie de instrumentalizaciones del terror que intervino en la vida diaria de los ciudadanos. En nombre de la seguridad nacional, el gobierno implementó una suerte de barreras, y restricciones para detener la migración global, al menos hacia los Estados Unidos. El “Otro” comenzó a ser un huésped no deseado.

La epidemia de COVID-19, lejos de resolver esta situación, reafirma una lógica de exclusión donde si se quiere “todos nosotros, incluso los ciudadanos” somos potenciales terroristas. Las diferentes políticas sanitarias implementadas en todo el mundo fueron legitimadas en el saber médico, y los avances en biotecnológica. Incluso el pasaporte, documento empleado para acreditar identidad fue reemplazado bajo un estricto protocolo higienista. Los test PCR, las medidas de restricción, los pasaportes sanitarios se introdujeron para reconstruir un nuevo sentido “del otro extraño” bajo el prisma de la

disciplina biopolítica. La ciencia moderna explicó –con mayor o menor credibilidad– que ciertas personas son particularmente susceptibles a enfermarse y morir, mientras otras pueden transmitir la enfermedad incluso estando sin síntomas aparentes. Este punto creó un discurso del terror, en donde –como en los días posteriores al 9/11– no quedaba clara la línea del amigo/enemigo, de lo seguro-inseguro. Por ese motivo, los estados sancionaron medidas altamente restrictivas para reducir la circulación, y la movilidad al punto de prohibir eventos públicos. El aislamiento representó el mejor simulacro sanitario que separaba a los ciudadanos en tres clases: los que se cuidaban y no querían morir (personas de riesgo), los que se arriesgaban porque eran personal esencial (trabajadores de salud o migrantes) y los que vulneraban la cuarentena porque despreciaban al prójimo. Ahora bien, a lo largo del tiempo, el poder político comenzó a hacer diferentes excepciones y manipulaciones sobre el concepto de que es “vulnerar la cuarentena”. Al final de cuentas, y en un toque de queda prolongado, el poder represivo del estado se abocó a cortar los derechos individuales a la circulación y a la movilidad que habían sido el baluarte político del estado nacional moderno.

Como se ha discutido en diferentes secciones del presente ensayo, la hospitalidad –al menos como ha sido imaginada en occidente– ha entrado en una etapa de crisis. El extranjero o el “salvaje” como figura de cuento o novela, incluso como objeto de curiosidad científica ha cedido a formas más radicalizadas, temido como un potencial enemigo de la democracia. En perspectiva, si los viajes y expediciones imperiales han alimentado la curiosidad de los círculos literarios por el “Otro no europeo”, la expansión del capitalismo global ha hecho de esa alteridad un vecino no deseado. El terrorismo ha acelerado la irrupción de la doctrina de vivir con el enemigo dentro; y con ello precipitado a una crisis cultural sin precedentes (Korstanje, 2018a; 2018b). La pandemia de COVID-19, lejos de ser un punto de inflexión, reafirma el miedo sustancial al extranjero luego del cambio de milenio. Si en los días posteriores al 9/11, los estadounidenses sospechaban de sus conciudadanos sobre la coexistencia con supuestos círculos terroristas, en la nueva normalidad todos somos potenciales terroristas o portadores de un virus letal. La tesis de la mirada turística, así como fue postulada por Urry, cede frente a un sentimiento de hostilidad hacia todo extranjero, sea turista o migrante, quienes son etiquetados como huéspedes no deseados (*undesired guest*). Dicho temor manifiesto es una señal clara de la descomposición del lazo social expresada en una crisis sin precedentes de la hospitalidad occidental (Korstanje y George, 2022).

5. Conclusiones

El sistema capitalista se ha expandido de forma exitosa por medio de dos mecanismos, la revolución tecnológica aplicada a medios de transporte, hecho que significó la antesala del turismo moderno, y la biotecnología orientada a la disciplina del cuerpo sano. Su función principal ha sido el manejo de riesgos, sustentado –como ha inferido Foucault– por medio del orden económico. En Foucault, el riesgo puede comprenderse como una vacuna, la cual es un virus inoculado. El riesgo, expresado en estos términos, deriva de una amenaza que ha sido controlada por la cultura, o despojado de sus características más destructivas (Foucault, 2007; Beck, 1992). En ese mismo momento, el capitalismo ha dispuesto de la presencia del otro como un objeto de curiosidad sentando las bases para el nacimiento de la industria del turismo moderno. Urry ha sido un visionario al señalar que en la cultura móvil se corresponde con una matriz cultural que marca los lineamientos de atracción y rechazo respecto a lo que amerita ser observado, o disfrutado. En el presente ensayo hemos analizado las tesis centrales de Urry en vistas de un cambio de paradigma luego de 2001, en donde el

turista se ha convertido en un huésped indeseado, un potencial enemigo para el orden social. Negado como un caballo de Troya, el turista –de esta manera– es demonizado y rechazado una amenaza interna en la nueva normalidad.

6. Bibliografía

- Altheide, D. (2003). Notes towards a politics of fear. *Journal for crime, conflict and the media*, 1(1), 37-54.
- Altheide, D. L. (2006). Terrorism and the Politics of Fear. *Cultural Studies? Critical Methodologies*, 6(4), 415-439.
- Altheide, D. L. (2019). Media culture and the politics of fear. *Cultural Studies. Critical Methodologies*, 19(1), 3-4.
- Augé, M. (1996). *Introduction to an Anthropology of Supermodernity*. London, Verso Books.
- Augé, M. (2009). *Non-places: An introduction to supermodernity*. London, Verso Books.
- Bauman, Z. (1996). From pilgrim to tourist—or a short history of identity. *Questions of cultural identity*, 1, 18-36.
- Bauman, Z. (2000). *Liquid Modernity*. Cambridge, Polity Press.
- Bauman, Z. (2017). Tourists and vagabonds: Or, living in postmodern times. In *Identity and social change* (pp. 13-26). Davis J (ed). London, Routledge.
- Bauman, Z & Lyon D (2013). *Liquid Surveillance: a conversation*. Cambridge, Polity Press.
- Beck, U. (1992). *Risk Society: towards a new modernity*. London, Sage.
- Boltanski, L. (2014). *Mysteries & Conspiracies: detective stories, spy novels and the making of modern societies*. Cambridge, Polity Press.
- Boltanski, L., Rennes, J., y Susen, S. (2014). The fragility of reality: Luc Boltanski in conversation with Juliette Rennes and Simon Susen. *The spirit of Luc Boltanski. Essays on the Pragmatic sociology of Critique*, pp. 591-610. London, Anthem Press.
- Borradori, G. (2003). *Philosophy in a time of terror: Dialogues with Jurgen Habermas and Jacques Derrida*. University of Chicago Press.
- Cresswell, T. (2014). Mobilities III: moving on. *Progress in Human Geography*, 38(5), 712-721.
- Cresswell, T., y Merriman, P. (2016). Introduction: Geographies of mobilities-practices, spaces, subjects. In *Geographies of mobilities: Practices, spaces, subjects* (pp. 1-16). Abingdon, Routledge.
- Derrida J. (2000). *Of Hospitality*. Stanford, Stanford University Press.
- Foucault, M. (2007). *Security, Territory and Population*. London, Picador.
- Hannam, K., Sheller, M., y Urry, J. (2006). Mobilities, immobilities and moorings. *Mobilities*, 1(1), 1-22.
- Hobsbawm, E. J. (2018). The end of empires. In *After Empire* (pp. 12-16). Abingdon, Routledge.
- Hobsbawm, E. J., y Cumming, M. (1995). *Age of extremes: the short twentieth century, 1914-1991*. London: Abacus.
- Innerarity, D. (2017). *Ethics of hospitality*. London, Taylor & Francis.
- Kelman, D. (2012). *Counterfeit politics: Secret plots and conspiracy narratives in the Americas*. Lanham, Bucknell University Press.
- Korstanje, M. E. (2018a). *The mobilities paradox: A critical analysis*. Cheltenham, Edward Elgar Publishing.
- Korstanje, M. E. (2018b). *Terrorism, Tourism and the End of Hospitality in the 'West'*. New York, NY: Palgrave Macmillan.

- Korstanje, M. E. (2018c). *Tracing Spikes in Fear and Narcissism in Western Democracies since 9/11*. Oxford: Peter Lang.
- Korstanje M. E y George B (2022). *Mobility and Globalization in the Aftermath of COVID-19: emerging new geographies in a locked world*. Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- Merton, R. K. (1976). *Sociological ambivalence and other essays*. New York, Simon and Schuster.
- Lash, S. M. y Urry J. (1993). *Economies of signs and space*. London, Sage.
- Larsen, J., Urry, J., y Axhausen, K. W. (2007). Networks and tourism: Mobile social life. *Annals of tourism research*, 34(1), 244-262.
- Larsen, J., y Urry, J. (2011). Gazing and performing. *Environment and Planning D: Society and space*, 29(6), 1110-1125.
- Latour, B. (2004). Why has critique run out of steam? From matters of fact to matters of concern. *Critical inquiry*, 30(2), 225-248.
- Latour, B. (2010). An attempt at a “Compositionist Manifesto”. *New literary history*, 41(3), 471-490.
- Levinas, E. (1986). The Trace of the Other. In *Deconstruction in Context: literature and philosophy*. M. Taylor (ed). Chicago, Chicago University Press.
- Levinas, E. (1989). *The Levinas Reader*. Oxford, Basil Blackwell
- Lipset, S. M. (Ed.). (1988). *Revolution and counterrevolution: Change and persistence in social structures*. New York, Transaction Publishers.
- Pratt, M. L. (2007). *Imperial eyes: Travel writing and transculturation*. Abingdon, Routledge.
- Ritzer, G. (2007). Inhospitable hospitality? In *Hospitality* (pp. 129-140). Lynch P, Morrison A, Lashley C (eds). Abingdon, Routledge.
- Ritzer, G. (2015). Hospitality and prosumption. *Research in Hospitality Management*, 5(1), 9-17.
- Selwyn, T (2019). Hostility and hospitality: connecting Brexit, Greenfell, Windrush. In B. Rowson & Lashley C (eds), *Experiencing hospitality*, (pp. 51-72), Hauppauge, Nova Science Publishers.
- Sheller, M., y Urry, J. (2000). The city and the car. *International journal of urban and regional research*, 24(4), 737-757.
- Sheller, M., y Urry, J. (2016). Mobilizing the new mobilities paradigm. *Applied Mobilities*, 1(1), 10-25.
- Tzanelli, R. (2015). *Mobility, modernity and the slum: The real and virtual journeys of 'Slumdog millionaire'*. Abingdon, Routledge.
- Tzanelli, R., y Yar, M. (2016). Breaking bad, making good: Notes on a televisual tourist industry. *Mobilities*, 11(2), 188-206.
- Tzanelli, R. (2018). Schematising hospitality: Ai WeiWei’s activist artwork as a form of dark travel. *Mobilities*, 13(4), 520-534.
- Urry, J. (1992). The tourist gaze “revisited”. *American Behavioral Scientist*, 36(2), 172-186.
- Urry, J. (2006). Inhabiting the car. *The Sociological Review*, 54(1_suppl), 17-31.
- Urry, J. (2016). *Mobilities: new perspectives on transport and society*. Routledge.
- Urry, J., y Larsen, J. (2011). *The tourist gaze 3.0*. London, Sage.
- Virilio, P. (2004). *The Paul Virilio Reader*. New York, Columbia University Press.
- Virilio, P. (2005). *The information bomb* (Vol. 10). London, Verso.
- Virilio, P. (2006). Speed and politics. London, Semiotext.
- Zizek, S., (Ed.). (1994). *Mapping ideology*. London, Verso.

Žižek, S. (1997). *Multiculturalism, or, the cultural logic of multinational capitalism*.
Ljubljana: New Left Review.
Zizek, S. (2007). *The universal exception* (Vol. 2). London, A&C Black.
Zizek, S. (2008). *Violence*. London, Picador.

* * *

Maximiliano E. Korstanje es Investigador Principal del Departamento de Ciencias Económicas, Universidad de Palermo, Buenos Aires, Argentina. Visiting Fellow en Centre for the Study of Racism. Universidad de Leeds, Reino Unido. Editor Emérito de International Journal of Cyber Warfare and Terrorism, Pennsylvania EEUU. Docente e Investigador Principal del Departamento de Ciencias Económicas, Universidad de Palermo, Argentina.